





Este examen es habitual en los asuntos que interesan. Quien desea ganar una medalla, revisa su preparación, sus marcas, su estilo. Quien organiza una comida importante, está pendiente de los detalles. Cuando a uno le interesa algo, lo revisa con frecuencia.

Esto es lo que se trata de hacer respecto a la propia vida. Parar un poco y reflexionar cómo van las cosas, para corregirse y encaminar los pasos en la dirección deseada. En busca de los objetivos que importan.

**Corregirse, propósitos.** No se trata de examinar por examinar. Se procura ver cómo van las cosas para poder corregirse y así mejorar. Estar bien orientado es esencial para dirigir los esfuerzos en buena dirección. Pero conocer el buen camino no es suficiente para llegar a la meta. Es preciso además recorrerlo.

La orientación es un requisito previo. El paso siguiente es avanzar por la senda correcta. Así, este punto tercero no es necesario para orientarse, sino más bien una consecuencia de la clarificación

de objetivos. Descubierta lo que conviene, comienzo la andadura.

Orientarse bien en la vida parece un asunto sencillo: parar, reflexionar y corregirse. Pero no es tan fácil de realizar debido a dos obstáculos: la comodidad y el orgullo.

**La comodidad:** Este defecto frena cualquier cambio, cuando exige esfuerzos. Uno lleva una vida más o menos tranquila, y de pronto descubre aspectos que debe corregir. La comodidad protesta. Prefiere continuar su rutina y no desea mejoras. Prefiere no descubrir aspectos corregibles, para evitar el esfuerzo de cambiar. Es por tanto un enemigo para una reflexión sincera. Conviene estar prevenidos frente a ella.

**El orgullo:** La soberbia es otro obstáculo para orientarse sinceramente y corregirse, porque la persona algo orgullosa tiene dificultades para reconocer fallos. Piensa que lo hace todo bien y le cuesta aceptar que algo va regular. Así le pasaba al rey del siguiente relato:

Era un rey que tenía tres pequeños defectos físicos: era cojo, tuerto y jorobado. Y una gran flaqueza moral: era orgulloso. Un día se le ocurrió hacerse un retrato, y publicó un edicto prometiendo grandes riquezas al pintor que mejor le dibujara. La noticia se divulgó por el reino y muchos se presentaron al olor de la fama y de los dineros.

El primer artista inició su tarea, y tras unos días de trabajo presentó su cuadro en palacio. Era un retrato perfecto. El rey aparecía perfectamente cojo, perfectamente tuerto, y portador de una joroba perfecta. Entonces, al verse tal y

como era, con sus defectos patentes, el orgulloso monarca se enfadó mucho y mandó matar al pintor. A los soberbios no les gusta verse defectos y les cuesta reconocerlos.

A continuación, otro retratista intentó la empresa. Posó su majestad, y al poco tiempo el cuadro estaba terminado. El nuevo pintor había escarmentado en cabeza ajena, y esta vez el rey quedaba representado con dos ojos azules preciosos, nada de cojera, y joroba inexistente. Sólo fallaba un detalle: el retrato era muy diferente al rey real. Se sabía que era él porque en la parte inferior un gran letrado aclaraba: “Ataúlfo II”, que así se llamaba su alteza.

Tampoco pareció bien este cuadro y también el rey mandó deshacerse del artista. No le gustó porque la gente se daría cuenta de que el rey no era así, recordarían sus defectos y se burlarían.

Después del segundo pintor, hubo desbandada general y sólo quedó un último artista dispuesto a afrontar la peligrosa tarea. Se puso a trabajar con pinceles y colores, y al cabo de unos días enseñaba su obra al rey, esta vez con tanto éxito que su majestad lo colmó de inmensas riquezas.

Mientras nos traen el cuadro para que lo veamos, podemos pensar en nuestra reacción ante los propios defectos. Un buen cristiano sabe reconocer sus errores y desea corregirlos para ser un hijo de Dios más parecido a Jesús, más agradable al Señor. Nos interesa detectar los fallos para poder quitarlos.

El rey era orgulloso y no quería ver sus defectos, sino disimularlos. Por esto le gustó mucho el último cuadro, que ya es hora de ver. El lienzo ganador del premio presentaba una escena de caza

con árboles y pájaros abundantes. El rey iba montado en un caballo magnífico, sentado de tal modo que la pierna coja quedaba al otro lado de la montura, y no se veía.

En el horizonte volaban unos pájaros y su altura los apuntaba con la real escopeta. Era conveniente que su majestad guiñara un ojo, y naturalmente el elegido vino a ser el ojo tuerto de modo que la semivista tampoco se notaba.

Y disimular la joroba fue sencillo, pues el defectuoso monarca había cazado ya unas liebres y las tenía echadas a su espalda.

Así el rey orgulloso quedó muy contento con el cuadro porque sus defectos estaban perfectamente disimulados y no se veían. Tampoco se corregían. Es peligroso el orgullo si uno intenta orientarse y mejorar la vida.

Los aspectos comentados sirven igualmente para la vida espiritual. También aquí conviene pararse, reflexionar y corregirse. Asimismo, la comodidad y el orgullo son dificultades que frenan las mejoras.

Sin embargo, para orientarse en la vida espiritual, contamos con las enseñanzas de Jesucristo, y otras ayudas entre las que se pueden citar la confesión y la oración:

**La confesión:** Cuando uno reflexiona, puede encontrar que ha realizado malas acciones. Surge entonces el deseo de pedir perdón a Dios y es natural confesarse. Además, este sacramento da fuerzas para comportarse mejor en adelante.

Los pecados esclavizan algo al hombre y le inclinan al mal. La confesión disminuye esa tendencia y facilita que el



hombre se dirija al bien. Este sacramento mejora la orientación, pues es más fácil localizar el verdadero bien si se tiene menos inclinación al mal.

La tendencia al mal puede hacer que se confunda el mal apetecido con lo bueno. En cambio, quien en verdad busca el bien y rechaza el mal, tiene facilidad para orientarse correctamente, sin dejarse engañar por males apetecibles pero falsos. La confesión alivia la inclinación al mal, y así facilita la orientación acertada.

**La oración.** Para orientarse en la vida espiritual, es importante la oración por varios motivos:

- Orientarse bien equivale a acertar en lo que agrada a Dios. Para conseguirlo,

va bien preguntarle al Señor por sus deseos.

- En la oración es posible pedir ayuda a Dios para realizar lo correcto. Así es más fácil orientarse hacia el bien porque se ve más asequible. Se cuenta con la ayuda divina para cumplirlo.

- Cualquier orientación reclama pararse, reflexionar y corregirse. En la vida espiritual, esta reflexión se suele hacer orando. Así, **la oración es la actividad central de quien desea orientar su vida espiritual. Nada mejor que preguntar a Dios: Señor, ¿qué quieres que haga?, ¿qué quieres de mí?, ¿cómo hago para amarte más?**

**Ignacio Juez**



## SAN MIGUEL, SAN GABRIEL Y SAN RAFAEL ARCÁNGELES (29 DE SEPTIEMBRE)

La misión de los ángeles es amar, servir y dar gloria a Dios, ser sus mensajeros y cuidar y ayudar a los hombres. Ellos están constantemente en la presencia de Dios, atentos a sus órdenes, orando, adorando, vigilando, cantando y alabando a Dios. Se puede decir que son mediadores, custodios, guardianes, protectores y ministros de la justicia divina.

### SAN MIGUEL

Este nombre significa: *¿Quién como Dios?* O: *Nadie es como Dios*. En el capítulo 12 del Libro del Apocalipsis se cuenta lo siguiente: *Hubo una gran batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles combatieron*

*contra Satanás y los suyos, que fueron derrotados, y no hubo lugar para ellos en el cielo...* La Iglesia Católica ha tenido siempre una gran devoción al Arcángel San Miguel, especialmente para pedirle que nos libre de los ataques del demonio y de los espíritus infernales. **Su conducta y fidelidad nos debe invitar a buscar en todo momento la gloria de Dios.**

### SAN GABRIEL

Su nombre significa: Dios es mi protector. Al Arcángel San Gabriel se le confió la misión más alta que jamás se le haya confiado a criatura alguna: **anunciar la encarnación del Hijo de Dios.**

